

Laín, filósofo de la cultura española

1. El peso de la guerra civil en la vocación histórica y antropológica de Laín

En mi larga ocupación con los pensadores del exilio español de 1939, he dejado clara y amplia constancia de la influencia que la guerra civil —y el exilio como su consecuencia inmediata— dejó en su evolución intelectual. Me he preguntado a mí mismo en varias ocasiones cuál había sido esa influencia en los que quedaron dentro de España; incluso me he cuestionado hasta qué punto estaba yo incurriendo en parcialismo culpable al no dar respuesta a esa pregunta por parte de los que quedaron al otro lado de la línea divisoria que la guerra trazó sobre la cultura española. Mi pregunta está hecha sin malicia; con toda ingenuidad y con toda seriedad me pregunto hasta qué punto pudo haber culpabilidad cuando a esa tarea me incitó uno de mis maestros universitarios de la España franquista, el cual al referirse al exilio filosófico tras la guerra civil dijo: «Es un hecho que, apartados física e ideológicamente de España, viven desparrramados por el mundo, y principalmente en América, unos centenares de intelectuales españoles». La frase es de José Luis Aranguren y corresponde a su estudio «La evolución espiritual de los intelectuales en la enmigración»;¹ ensayo de cuya influencia sobre mí dejé en su momento constancia expresa.² En cualquier caso, hay un hecho objetivo, y es mi poca atención —al menos pública, como historiador e intelectual— a la obra de los que quedaron dentro de España, tras la guerra civil, una injusticia —si es que la hubo— que pretendo disminuir parcialmente con el presente estudio dedicado a la obra de Pedro Laín Entralgo como historiador de la cultura española.

Cuando estalla la guerra en 1936, Laín es todavía un joven de 28 años que —tras su carrera universitaria y sus primeros escaños profesionales— intenta abrirse paso en medio de una situación social y política que durante la Segunda República se había hecho especialmente conflictiva. La importancia de los sucesos que se precipitan a partir del 18 de julio de aquel año va a tener en la biografía de Laín un reflejo patente; bastaría, para dar cuenta de ello, comprobar que, de los siete capítulos en que divide su libro de memorias,³ tres están íntegramente dedicados a la guerra civil. No seríamos justos, sin embargo, si limitásemos dicha importancia a esa mera referencia cuantitativa. El peso de la guerra civil sobre la vida y la obra de Laín sobrepasa toda dimen-

¹ El texto de Aranguren está recogido en su libro *Crítica y meditación*, Taurus, Madrid 1957; pp. 165-166.

² J. L. Abellán, *Filosofía española en América (1936-1966)*, Ediciones Guadarrama y Seminarios y Ediciones, Madrid 1967; p. 13.

³ Me refiero al libro *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barral Editores, Barcelona 1976.

sión cuantificable para convertirse en un elemento cualitativo que marca su destino y su vocación de modo definitivo e irrevocable.

En su *Descargo de conciencia* (1976), Laín se refiere una y otra vez a lo que él llama «mi siempre insoslayable y siempre urgente experiencia de la guerra civil», o como también dice: «más precisamente, mi condición de español para quien, ante la tarea de entender la realidad histórico de su patria, la experiencia de la guerra civil es, síno el único, sí el primero de los puntos de vista».⁴

En efecto, *el primero*, pues todos los demás problemas quedan empequeñecidos ante ese que afecta a la esencia misma de nuestra convivencia, y así lo reconoce explícitamente en el citado libro cuando se expresa en los siguientes términos: «Por grande que sea mañana la eficacia del auge económico, por importantes que hoy parezcan ser la transformación de los hábitos sociales y la mejoría del nivel de vida de no pocos españoles, ¿puede imaginarse un futuro político de España medianamente firme si no vamos hacia él a través de una superación real —real en las palabras, real en los sentimientos y en las ideas, real en las conductas y en las obras— de nuestra atroz guerra civil?»⁵ Por eso, a través de su acción intelectual y social, Laín se propone como objetivo último y superior poner todo su empeño en una causa: conseguir «que sea lección y sólo lección nuestra última guerra civil».⁶

Uno de sus críticos más perspicaces coincide con nosotros en esa importancia inicial de la guerra civil para la meditación intelectual de Laín. Así nos dice Helio Carpintero que «la guerra española conmocionó el alma de Laín hasta sus raíces más hondas»,⁷ o también, que «fue el tremendo desgarramiento de la guerra civil, reflejo o consecuencia de otro más hondo que venía infernando las entrañas de nuestra sociedad, lo que había de remover su conciencia histórica, civil, ciudadana».⁸ El problema primero, el más hondo, aquél cuya solución constituía condición necesaria para todos los demás era el problema de la guerra civil, es decir, el de una convivencia histórica, social e intelectualmente rota; problema que se le presenta a nuestro autor como un hecho histórico y como una cuestión antropológica. He aquí ya los datos iniciales de una vocación intelectual marcada por las dos disciplinas aludidas —historia y antropología—, cuyo cultivo ocupará alternativa o simultáneamente la biografía lainiana; todo ello con un fin muy específico: «reconstrucción de la convivencia española desgarrada», en palabras del crítico citado.⁹

Laín había estudiado medicina, pero su caracterológica inclinación a la teoría le hará preocuparse muy pronto por las consideraciones antropológicas de la realidad humana. Es —como él mismo dice de sí— un «modesto aficionado a las cuestiones últimas», bien patente —y es otra confesión suya— en «una irrefrenable tendencia de mi alma

⁴ Ibid., p. 474.

⁵ Ibid., p. 463.

⁶ Ibid., p. 479.

⁷ Helio Carpintero, «Pedro Laín Entralgo, o el afán de convivir», en *Cinco aventuras españolas*, Ed. Revista de Occidente, Madrid 1967; p. 69.

⁸ Ibid., p. 91.

⁹ Ibid., p. 68.

hacia la consideración teórica de los temas, cualquiera que sea la materia de éstos». ¹⁰ Tras su paso por las Universidades de Zaragoza y de Valencia, para el propio Laín no admite ya dudas «el descubrimiento de una formal dimensión filosófica en la vocación de mi inteligencia». ¹¹ El descubrimiento se hace patente en Viena, ciudad a la que acude llevado del deseo de ampliar estudios en torno a la neurología y a la psiquiatría, pero cuyo final no es la conversión en un especialista de dichas disciplinas, sino la obtención de una mayor «formación general» que «producción especializada». ¹² Sin duda, la influencia de la dirección antropológico-filosófica del urólogo O. Schwarz (el *Urosoph* vienés) será decisiva para reafirmar su «propensión a considerar *toda* enfermedad humana, hasta las que más puramente corporales parecen ser, como la consecuencia de un proceso *a la vez* somático y psíquico, psicosomático». ¹³

Sobre este fondo teórico y filosófico, la desgarradora experiencia de la guerra civil actuará como un catalizador definitivo, marcando esa doble vocación hacia la historia y la antropología a que antes nos referíamos. Por lo que se refiere a la historia, el hecho incontrastable de la guerra hará explícito el verdadero fondo del llamado *problema de España*: «la dramática inhabilidad de los españoles, desde hace siglo y medio, para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social»; resolver este problema era, por tanto, «condición necesaria para la cabal fecundidad histórica de aquel inmenso sacrificio personal y colectivo». ¹⁴ A ello contribuirá Laín con una serie de aportaciones historiográficas sobre las que nos extenderemos más adelante; ahora nos interesa resaltar como ese problema histórico está íntimamente ligado a una cuestión antropológica, que es la constitutiva referencia de la persona a la realidad de los otros, es decir, la dimensión interpersonal de la convivencia social. Una guerra civil —y mucho más, como en el caso español, una serie de guerras civiles— es prueba inequívoca de que la convivencia social de una comunidad está mal resuelta; por eso dice Laín: «He nacido y crecido en el seno de un pueblo especialmente herido, acaso sin él saberlo, por este radical problema de la existencia humana... Lo que en España solemos llamar *amor al prójimo*, ¿no es, con desdichada frecuencia, una simple forma proyectiva del amor al grupo propio, y, por tanto, del amor de sí mismo? En mi circunstancia nacional opera, siempre mal resuelto, el problema social del otro». ¹⁵

2. Etapas de su evolución intelectual

Un simple repaso a los títulos que componen la obra varia y multiforme de Laín nos confirmaría en todo lo dicho. Teoría, historia y ciencia, triada de conceptos que podría resumirse en la dualidad: historia y antropología, vienen a concentrar la ocupación intelectual de nuestro autor en sus tres etapas fundamentales: 1) 1941-1956; 2) 1957-1976;

¹⁰ P. Laín Entralgo, *Obras*, Ed. Plenitud, Madrid 1965; p. XIII.

¹¹ Descargo de conciencia, op. cit., p. 51.

¹² Ibid., p. 114.

¹³ Ibid., p. 112.

¹⁴ España como problema, *Aguilar*, Madrid 1961; pp. XI y XII.

¹⁵ Teoría y realidad del otro, Ed. *Revista de Occidente*, Madrid 1961; vol. II, pp. 400-401.